

Luis. Pobre San Luis! ¡qué burla hacían de él en su mismo palacio de Justicia!... Cada uno de los estudiantes tomó por su cuenta á una sotana negra, gris, blanca ó violeta de los que acababan de sentarse en el estrado, y Juan Frollo, por su calidad de hermano de un arcediano, se encarnizó con una sotana roja y cantaba á voz en grito, fijando sus desvergonzados ojos en el cardenal: *Cappa repleta mero!*

Todos estos detalles, que pintamos con toda su desnudez para edificación del lector, los apagaba el rumor general y se desvanecían antes de llegar al estrado; y aunque se hubieran oído, hicieran poca mella en el cardenal; ¡tan arraigadas estaban estas libertades en las costumbres! Le preocupaba otro cuidado, que le seguía de cerca y que entró casi al mismo tiempo que él en el estrado: la embajada de Flandes.

No era profundo político y no le inquietaban las consecuencias posibles del casamiento de su prima Margarita de Borgoña con su primo Carlos, delfín de Viena; ni cuánto pudiera durar la buena inteligencia, pero poco sincera, del duque de Austria y del rey de Francia, ni cómo tomaría el rey de Inglaterra aquel desaire á su hija; todo eso no desazonaba al cardenal ni le impedía ir á festejar todas las tardes el vino de la bodega real de Chaillot, sin sospechar de que algunos frascos del mismo vino (corregido y aumentado por el médico Coictier), cordialmente ofrecidos á Eduardo IV por Luis XI, desembarazarían una mañana á Luis XI de Eduardo IV. La muy honorable embajada del señor duque de Austria no ocasionaba al cardenal ninguno de aquellos sinsabores, pero le importunaba por otro motivo. Era en efecto duro verse obligado á festejar y á recibir con afectuosidad para él, Carlos de Borbon, á unos cuantos plebeyos; para él, que era cardenal, á unos regidores; para él, que era francés alegre y amigo de banquetes, á esos hombres, alemanes y bebedores de cerveza: era, pues, para él ésta una de las más fastidiosas farsas que iba á representar por complacer al rey.

Entonces fueron de dos en dos, con una gravedad que contrastaba con la petulante comitiva eclesiástica de Carlos de Borbon, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria, llevando á la cabeza al reverendo padre Juan, abad de San Bertino, caballero del Toison de Oro, y á Jacobo de Goy,

señor de Danoy, alcalde mayor de Gante. Reinó en la asamblea profundo silencio, al que acompañaban risas sofocadas al oír los nombres ridículos y las calificaciones plebeyas que cada uno de estos personajes transmitía con aire imperturbable al ujier, que anunciaba en seguida sus nombres y sus cualidades promiscuamente y estropeándolos. Entre los alemanes estaban los personajes siguientes: el maestro Luis Roelof, regidor de la ciudad de Lovaina; el Sr. Clays de Etuelde, regidor de Bruselas; el Sr. Pablo de Baeust, señor de Voirmizelle y presidente de Flandes; el maestro Juan Coleghems, burgomaestre de la ciudad de Amberes; el maestro Jorge de la Alvere, regidor primero de la Kuere de la ciudad de Gante, etc., etc., etc.: todos estos y los demás bailes, regidores, burgomaestres y todos tiesos y almidonados y vestidos de terciopelo y de damasco, embirretados con casquetes de terciopelo negro, con adornos de hilo de oro de Chipre; presentando, sin embargo, notables cabezas flamencas, severas y dignas de la familia de las que Rembrandt hacia salir tan fuertes y tan graves del fondo negro de su *Ronda de noche*; personajes que llevaban escrito en la frente que Maximiliano de Austria tuvo razón en *confiarse de lleno*, como decía en su Manifiesto, *á su buen sentido, á su valor, á su experiencia, á su lealtad é hidalguía*.

Esto no obstante, había entre los personajes una excepción. Un hombre que ostentaba semblante fino, inteligente y astuto, y la boca del mono y del diplomático al mismo tiempo, ante el que el cardenal se adelantó tres pasos y le saludó con profunda reverencia, y que solo se llamaba Guillermo Rym, consejero y pensionado de la ciudad de Gante. Pocos, muy pocos sabían entonces lo que era Guillermo Rym. Peregrino genio que en época de revolución hubiera aparecido con gran brillo sobre la superficie de los acontecimientos; pero que en el siglo quince se vió reducido á cavernosas intrigas y á vivir de *trabajos de zapa*, como dice el duque de Saint-Simon. Por lo demás, era apreciado como el primer *zapador* de Europa; maquinaba familiarmente con Luis XI, metiendo con frecuencia la atrevida mano en los secretos trabajos del rey, lo que ignoraba la multitud, á la que maravillaban los acatamientos que hacia el cardenal al que ella creía insignificante personaje.

IV.

Maese Santiago Coppenole.

Mientras que el pensionado de Gante y su eminencia cambiaban el saludo y algunas palabras en voz baja, se presentó para entrar, hombreándose con Guillermo Rym, un hombre de alta estatura, de faz ancha y de poderosas espaldas; hubiérase dicho que el dogo iba á entrar detrás del zorro. Su caperuza de fieltro y coletto de cuero formaban como las manchas del terciopelo y la seda que le rodeaban. El ujier le detuvo, creyendo que era algun palafrenero extraviado.

—Eh! atrás, buen hombre, le dijo.

El hombre vestido de cuero levantó los hombros.

—Qué me dice ese estúpido? exclamó con voz de trueno, que resonó en toda la sala, cuyos espectadores estaban atentos á este extraño diálogo.—¿No ves que vengo con la embajada?

—Vuestro nombre? le preguntó el ujier.

—Santiago Coppenole.

—Vuestras cualidades?

—Calcetero de Gante, de la tienda que tiene de muestra *tres cademillas*.

El ujier retrocedió, porque despues de anunciar á regidores y burgomaestres, le parecía duro anunciar á un calcetero. El cardenal estaba en brasas. El público miraba y escuchaba. Entre tanto Guillermo Rym se acercó al ujier y sonriendo le dijo en voz baja:

—Anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ciudad de Gante.

—Ujier, repitió en alta voz el cardenal, anunciad á maese Santiago Coppenole, uno de los regidores de la ilustre ciudad de Gante.

El cardenal cometió esta falta sin la que Guillermo hubiera escamoteado esta dificultad, pero Coppenole oyó á aquel y gritó con voz extrepitosa:

—No, por vida de Cristo! Soy Santiago Coppenole, calcetero. Lo oyes, ujier? Ni más ni menos. Ser calcetero es bastante. Más de una vez el señor archiduque ha buscado sus guantes en mis calzas.

Al oír esto el público prorumpió en risas y aplausos. Una pulla se comprendió en seguida en Paris y se aplaude siempre: añadamos á esto que Coppenole era hijo del pueblo y la multitud que le aplaudía también, por lo tanto la comunicación entre ellos fué rápida y eléctrica: la altiva presentación del calcetero

aleman, que humillaba á las gentes de la corte, removi6 en todas las almas de los plebeyos cierto sentimiento de dignidad, vago todavía é indistinto en el siglo quince. El calcetero era un hombre igual que se presentaba frente á frente del cardenal de Borbon; reflexion era ésta consoladora para aquellos pobres diablos que estaban acostumbrados al respeto y á la obediencia á los criados de los maceiros del baile del abad de Santa Genoveva, portacola del cardenal.

Coppenole saludó con altivez á su eminencia y éste devolvió el saludo al todopoderoso plebeyo que Luis XI temía. Despues, mientras Guillermo Rym, hombre *astuto y malicioso*, como dice Felipe de Comines, seguía á los dos con sonrisa burlona de superioridad, ocupó cada uno su asiento, el cardenal desconcertado y con disgusto y Coppenole tranquilo y arrogante, pensando sin duda que su título de calcetero era tan bueno como cualquiera otro, y que María de Borgoña, madre de Margarita, que Coppenole iba á casar aquel día, le hubiese temido menos siendo cardenal que le temía siendo calcetero, porque no era cardenal el que amotinó á los ganteses contra los favoritos de la hija de Carlos el Temerario, porque no era cardenal el que envalentonara á la multitud con sus palabras contra las lágrimas y ruegos de la princesa de Flandes, cuando fué á suplicar por ellos á su pueblo hasta el pié del cadalso; mientras que el calcetero, solo levantando su codo de cuero, hizo cortar las cabezas de los ilustres señores Guy de Hymbercourt y del canceller Guillermo Hugonet.

No habían concluido aun los disgustos para el pobre cardenal: debía beber hasta las heces el cáliz de encontrarse con tan mala compañía.

El lector quizás no haya olvidado al descarado mendigo que se encaramó desde el principio del prólogo hasta las franjas del estrado cardenalicio: la llegada de los convidados no le hizo abandonar el sitio que ocupaba, y mientras que los prelados y los embajadores se encajonaban, como arenques alemanes, en los asientos de la tribuna, él adoptó una postura más cómoda, cruzando las piernas sobre el arquitrabe. Esta extraña insolencia no llamó en los primeros momentos la atención de nadie, por estar todos mirando hácia otro lado; tampoco él por su parte se fijaba en nada de lo que sucedía en la sala, meneando la cabeza con indiferencia napolitana, re-

pitando de vez en cuando, como costumbre maquina: "¡Una limosna por amor de Dios!" Quizás entre todos los asistentes fué el único que no se dignó volver la cabeza para presenciar el altercado entre Coppenole y el ujier.

Pero la casualidad quiso que el calcetero de Gante, que excitó las simpatías del pueblo y que atraía todas sus miradas, se sentase precisamente en la primera fila del estrado, encima del mendigo, y quedó asombrada la multitud al ver que el embajador flamenco, viendo á aquel granuja situado bajo de él, le diera amistosas palmadas en la espalda, cubierta de andrajos.

El mendigo volvió la cabeza, y las fisonomías de éste y Coppenole expresaron la sorpresa, el alborozo y el reconocimiento; despues, sin hacer caso del público, se pusieron á hablar en voz baja, cogidos de las manos, y los harapos de Clopin Trouillefon, descansando en la tela de oro del estrado, ofrecían la imagen de una oruga paseándose sobre una naranja.

La novedad de esta escena singular excitó tal rumor, tal alegría y tales risas en la sala, que el cardenal no tardó en aperebirse de ella; medio se inclinó, no pudiendo desde el sitio que ocupaba más que entrever la vestimenta ignominiosa de Clopin; se creyó que el mendigo pedía limosna, y, sublevado por esta audacia, gritó: —"¡Señor baile del palacio, haced que arrojen al río á ese tunante!"

—Por Dios! eminentísimo cardenal, contestó Coppenole sin soltar la mano de Clopin, que es un amigo mio!

—Bien! Bien! Bravo! Bravo! aulló la multitud. A contar desde este momento maese Coppenole obtuvo en Paris, como en Gante, *gran crédito con el pueblo, porque gentes de esa talla lo tienen*, dice Felipe de Comines, *cuando son tan desordenados*.

El cardenal se mordió los labios y se inclinó hácia el abad de Santa Genoveva, que estaba á su lado, diciéndole en voz baja.

—¡Vaya unos embajadores que nos envía el archiduque para anunciarnos á la princesa Margarita!

—Vuestra eminencia gasta en vano sus escogidos modales con esos rústicos alemanes... Echa margaritas á puercos.

—Decid mejor, respondió sonriendo el cardenal, *puercos á Margarita*.

La cohorte de sotanas celebró este juego de palabras; este incidente desahogó al cardenal, que también dijo su gracia y fué aplaudido.

Ahora es cuando aquellos lectores que tengan el poder de generalizar una imagen y una idea, como se dice en el estilo moderno, nos permitirán que les preguntemos si se figuran distinta y claramente el espectáculo que presentaba en estos momentos el vasto paralelogramo de la sala mayor del palacio de Justicia. En medio de la sala, arrimado á la pared occidental, el largo y magnífico estrado de brocado de oro, en el que entraron procesionalmente por una puerrecilla ojiva graves personajes, sucesivamente anunciados por la voz chillona del ujier. En los primeros escaños se veían muchas caras venerables realizadas por el armiño, por el terciopelo y por la escarlata. Alrededor del estrado, que permanece silencioso y digno, abajo, enfrente, por todas partes, gran concurrencia y gran rumor; muchas miradas del público fijas en cada semblante del estrado, muchos cuchicheos sobre cada uno de los personajes que le ocupan: el espectáculo es muy curioso y bien merece la atención de los circunstantes. ¿Allá abajo qué significa aquella especie de tablado, encima del que se ven cuatro monigotes vestidos de colorines y otros cuatro bajo? ¿Quién es ese hombre de pálido semblante y vestido de negro que está al lado del tablado? Es Pedro Gringoire y están representando su prólogo.

Lo habíamos olvidado completamente, y eso es lo que él temía. Desde el momento en que entró el cardenal, Gringoire no había dejado de agitarse para salvar su prólogo. Por de pronto encargó á los actores, que habían suspendido la representación, que la continuasen, pero levantando más la voz; luego, viendo que el público no los oía, les hizo callar, y despues de un cuarto de hora que duró la interrupción, no cesó de dar golpes con el pié, de retorcerse, de interpelar á Grigueta y á Lienarda, de alentar á sus vecinos para que pidiesen la continuación del prólogo, pero todo fué en vano. Todos estaban fijos en el cardenal, en los embajadores, en el estrado, único centro del vasto círculo de los rayos visuales. Debemos creer, y lo decimos con pesadumbre, que el prólogo empezaba á fastidiar al auditorio en el momento en que su eminencia entró á proporcionarle una diversion del modo que ya describimos. Despues de todo, en el estrado, como en la mesa de mármol, se representaba el mismo espectáculo: el conflicto entre el Trabajo y el Clero, la Nobleza y la Mercancía.

Muchos prefieren verlas viviendo, respirando, obrando, codeándose y de carne y huesos, como en la embajada flamenca, como en la cohorte episcopal, bajo los hábitos del cardenal y bajo el traje de cuero de Coppenole, á verlas arreboladas, vestidas de moziganga, hablando en verso y, por decirlo así, embutidas en las túnicas amarillas y blancas con que Gringoire las cubría.

Cuando el poeta vió que se restablecía la calma, imaginó un expediente para poder salir airoso de la representación de su farsa, y dirigiéndose á un hombre obeso y pacienzudo que estaba cerca de él, le preguntó:

—¿No os parece que debían volver á empezar?

—El qué?

—El misterio.

—Por mí cuando queráis.

Esta semi-aprobación bastó á Gringoire y, sin valerse de otra persona, comenzó á gritar, confundiendo con la multitud:

—Empezad otra vez el misterio! ¡Otra vez!

—Qué es lo que dicen por allá bajo? exclamó Juan Frollo. Decidme, compañeros, no terminó ya el misterio? Quieren volver á empezar; eso no es justo.

—No, no! gritaron todos los estudiantes. Fuera el misterio! Fuera el misterio!

Pero Gringoire se multiplicaba, gritando cada vez con más fuerza:

—Empezad, empezad otra vez!

Ese clamoreo llamó la atención del cardenal.

—Señor baile de palacio, dijo á un hombre alto y vestido de negro, que estaba colocado á algunos pasos de él, por qué meten esa bulla infernal?

El baile de palacio era una especie de magistrado anfibio, una especie de murciélago del orden judicial, que participaba de ratón y de pájaro, de juez y de soldado. Se aproximó á su eminencia y le explicó balbuceando la incongruencia popular; que habiendo llegado el medio día antes que el señor cardenal, los comediantes se vieron obligados á comenzar la representación sin esperar á su eminencia.

El cardenal se echó á reír.

—El señor rector de la Universidad debía haber hecho lo mismo, contestó. ¿No os parece que digo bien, señor Guillermo Rym?

—Monseñor, respondió éste, contentémonos con habernos librado de oír la mitad de la comedia; eso hemos ganado.

—¿Pueden los comediantes continuar la farsa? preguntó el baile.

—Sí, sí, me es igual; durante ese tiempo leeré el breviario.

Adelantóse el baile hasta el límite del estrado, y despues de imponer silencio, gritó:

—Vecinos de Paris, para complacer á los que desean que se empiece el misterio y á los que desean que concluya, su eminencia manda que continúe la representación.

Los dos partidos tuvieron que resignarse, sin embargo de que el autor y el público guardaron rencor al cardenal durante mucho tiempo.

Los comediantes comenzaron su interrumpida declamación, y Gringoire abrigó al menos la esperanza de que escucharían su obra hasta el final; esta esperanza no tardó en desvanecerse como sus demás ilusiones; el público quedó bastante silencioso, pero Gringoire no se fijó en que en el momento en que el cardenal dió la orden de continuar, el estrado ya no estaba lleno, ni en que detrás de los embajadores alemanes habían entrado nuevos personajes que formaban parte de la comitiva, cuyos nombres y cualidades, lanzados al través de su diálogo por la voz intermitente del ujier, producían en la sala considerable trastorno. Figuraos, en efecto, durante una representación teatral la voz chillona del ujier, que lanza, entre dos versos ó entre dos hemistiquios, paréntesis como estos:

—Maestro Jacobo Charmolne, procurador del rey en la curia eclesiástica.

—Señor Galiot de Genoilhae, caballero, señor de Brussae, maestro de artillería del rey.

—Señor Luis de Graville, caballero, consejero y chambelan del rey, almirante de Francia, conserje del bosque de Vincennes, etc., etc. Como puede comprender el lector, eso era insoportable para el autor.

Ese extraño acompañamiento, que dificultaba la continuación de la pieza, indignaba tanto más á Gringoire, cuanto más sabía que el interés de ella iba creciendo siempre, y su obra solo necesitaba ya poder ser oída. Difícil era, en efecto, imaginar contextura más ingeniosa y más dramática. Los cuatro personajes del prólogo se lamentaban perplejos de no poder dar la resolución satisfactoria que deseaban, cuando Vénus en persona, *vera incessu patruit dea*, se presentó ante ellos, viniendo á reclamar el delfín prome-

tido á la más hermosa. Júpiter, cuyo rayo se oía gruñir dentro del vestuario, la apoyaba, y la diosa iba á llevarse la alhaja susodicha, ó, lo que es igual, despojando la realidad de la alegoría, iba á casarse con el señor delfín, cuando se presenta un hermoso niño, vestido de damasco blanco y llevando en la mano una margarita (diáfana personificación de la princesa de Flandes). Este niño se presentó á luchar con Vénus. Golpe teatral y peripécia. Después de gran controversia, convinieron en sujetarse al buen juicio de la Santa Virgen. Había también otro papel magnífico en la pieza, el de D. Pedro, rey de Mesopotamia, pero como hubo tantas interrupciones, fué difícil comprender para qué servía. Todo esto, que rápidamente hemos descrito, subió por la escalera.

El público no sintió ni comprendió ninguna de esas bellezas. Hubiérase dicho que cuando entró el cardenal, un hilo invisible y mágico tiró súbitamente las miradas del auditorio desde la mesa de mármol al estrado, desde la extremidad meridional de la sala á la extremidad occidental; todos los ojos estaban fijos y encantados hácia esta parte, y los personajes que iban entrando, sus nombres, sus rostros y sus trajes, eran para el público una diversion continua. Exceptuando á Grigueta y á Lienarda, que volvían la cabeza de vez en cuando cada vez que Gringoire les tiraba de las mangas, exceptuando al obeso y paciencioso adlátere suyo, nadie oía, nadie miraba la pieza abandonada. Gringoire veía todas las cabezas de perfil.

¡Con qué amargura veía demolerse piedra á piedra el catafalco de su gloria y de su poesía! ¡Y pensar que ese mismo público estuvo á punto de rebelarse contra el baile, aguijoneado por la impaciencia de oír su obra! ¡Ahora que podía oírlo no se dignaba escucharla, y eso que empezó el prólogo en medio de unánime exclamación! ¡Eterno flujo y reflujo del favor popular!... Antes faltó poco para ahorcar á los alabarderos del baile; ¡qué no hubiera dado Gringoire para volverse á encontrar en aquellos momentos!...

Al fin concluyó el brutal monólogo del ujier cuando concluyeron de entrar los invitados y Gringoire respiró. Los comediantes continuaron representando impertérritos: de repente Coppenole el calcetero se levanta, y Gringoire, estupefacto, le oye pronunciar, en medio de universal silencio, el siguiente abominable discurso:

—Señores vecinos é hidalgillos de París: no sé, por mi vida, lo que hacemos aquí. Veo allá abajo, en un rincón, sobre el tablado, gentes que parecen que quieren sacudirse. Ignoro si es á eso lo que llamais *misterio*, pero eso es poco divertido. Riñen no más de lengua y no pasan de ahí. Hace un cuarto de hora que espero á que se den el primer golpe, pero no se lo dan. Son cobardes que solo se arañan injuriándose. Debían haber traído luchadores de Lóndres ó de Rotterdam, y entonces hubiera habido aquí puñetazos que se oirían desde la plaza, pero estos dan compasión. ¡Si al menos bailasen alguna danza morisca ú otra cualquiera!... No es esto lo que se me dijo que harían; me habían prometido la fiesta de los locos, con la eleccion de su papa. Nosotros también tenemos papa de locos en Gante, y en esto no nos quedamos atrás. Ved cómo lo elegimos. Se reúne mucha gente, como aquí. Después cada uno pasa la cabeza por un agujero y hace una mueca á los demás; el que hace la mueca más fea, por aclamacion unánime es elegido papa. Eso es muy divertido! ¿Quereis que nombremos papa al estilo de mi país? Será menos fastidioso que oír á esos charlatanes. Si quieren venir á hacer la mueca, los admitiremos á nuestro juego. Hay en esta sala bastantes muestras grotescas de los dos sexos para reír á lo flamenco, y nosotros somos bastante feos para poder luchar haciendo muecas.

Gringoire le quiso contestar, pero el asombro, la cólera y la indignacion le dejaron sin palabra. Por otra parte, acogió con tal entusiasmo la mocion del calcetero popular la multitud, que se oyó llamar *hidalguillo*, que hubiera sido inútil la resistencia. Era, pues, preciso dejarse arrastrar por el torrente. Gringoire ocultó el rostro entre las manos, no poseyendo un manto para taparse la cabeza como el Agamenon de Timantes.

V.

Quasimodo.

Instantáneamente se preparó todo lo necesario para realizar la idea de Coppenole; vecinos, estudiantes y escribientes se ocuparon de ello. La capilla situada frente á la mesa de mármol se eligió para teatro de las muecas. Un vidrio roto en el hermoso roseton que había encima de la puerta dejó libre un

círculo de piedra, por el que convinieron en pasar la cabeza los concurrentes; bastaba para llegar á él encaramarse sobre dos toneles que se tomaron no sé de dónde, y que colocaron uno sobre otro como Dios les dió á entender. Se dispuso que cada candidato, fuese hombre ó mujer (porque podía elegirse también una papisa), para dejar virgen y entera la impresion de su gesto, se cubriría el rostro y estaría oculto en la capilla hasta el momento de aparecer. En un instante se llenó de concurrentes la capilla y la puerta se cerró tras ellos.

Coppenole desde su sitio mandaba, dirigía y lo arreglaba todo. Durante la batahola del arreglo, el cardenal, tan disgustado como Gringoire, bajo el pretexto de tener vísperas, se retiró con toda su comitiva, sin que la multitud, que tanto se removió á su llegada, hiciese ningun movimiento á su salida. Solo Guillermo Rym notó la derrota de su eminencia. La atencion popular, como el sol, seguía su revolucion: empezó á fijarse en un extremo de la sala, después se concentró en el centro y ahora se fijaba en el otro extremo. La mesa de mármol y el estrado de seda de oro tuvieron su momento, y le llegó el turno á la capilla de Luis XI. El campo, desde ahora en adelante, estaba abierto para toda clase de locuras: ya no había en él más que alemanes y canalla.

Empezaron las muecas: la primera cabeza que asomó por la ventana de piedra tenía las pupilas ribeteadas de rojo, la boca descomunal y la frente plegada, como las botas de los húsares del Imperio, y provocó risas tan inextinguibles, que Homero hubiese tomado por dioses á todos aquellos patanes; pero estaba muy lejos la sala de ser un Olimpo, y el pobre Júpiter-Gringoire lo sabía mejor que todos. La segunda y la tercera mueca se sucedieron; luego otra, después otra y cada vez aumentaba el estrépito y las risotadas. Había en aquel espectáculo no sé qué vértigo particular, no sé qué fascinacion, no sé qué delirio, que seria difícilísimo de explicar á los lectores de nuestros días y de nuestros salones. Figúrese cada cual una serie de rostros, que presentan sucesivamente todas las formas geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recién nacido hasta las arrugas de la vejez moribunda; todas las

fantasmagorias religiosas, desde el Jano hasta el Belcebú; todos los perfiles animales, desde la boca hasta el pico, desde el labio hasta el hocico. Representése cada cual á todos los mascarones del puente Nuevo, esas pesadillas petrificadas por la mano de German Pilon, tomando vida, respirando y viniendo por turno á miraros cara á cara y con ojos ardientes; figuraos todas las máscaras del Carnaval de Venecia sucediéndose ante vuestros gemelos; en una palabra, figuraos un caleidoscopio humano.

La orgía era cada vez más alemana, y Teniers solo podría dar de ella una idea imperfecta: figuraos la batalla de Salvador Rosa en bacanal; allí ya no había ni estudiantes, ni embajadores, ni vecinos, ni hombres, ni mujeres; ni existía ya Clopin de Trouillefon, ni Gil Lecornu, ni Maria, ni Robin; todo se borraba en medio de la comun licencia: la sala mayor solo era ya una inmensa hornaza de jovialidad y de descoco, en la que cada boca era un grito, cada rostro una mueca y cada individuo una postura, y el conjunto gritaba y aullaba. Los rostros extraños que hacían gestos dentro del óvalo de piedra, eran otras tantas hachas que se arrojaban al fuego, y de toda esa multitud efervescente se escapaba, como el vapor de la hornaza, un rumor ágrío, agudo, acerado y silbante como las alas de un mosquito.

—Eh! eh! Demonio!

—Mira qué cara!

—Esa no vale!

—Otra! otra! otra!

—Guillermina Mangerepui, mira qué hocico de toro; solo le faltan los cuernos; no es tu marido.

—Otra! otra!

—Voto á brios! ¿Qué viene á ser ese gesto?

—Eh! eh!... Eso es hacer trampas; cada uno ha de enseñar su cara.

—Es la condenada Petra Callebottle! Es capaz de todo eso!

—Bien, bravo!

—Me ahogo!

—¡Ese no puede pasar las orejas por el óvalo! etc., etc.

Es preciso que hagamos justicia á nuestro amigo Juan Frollo; en medio de aquel *sábado*, se le veía siempre en lo alto del pilar, como grumete en la gavia; gesticulaba con increíble furia, con la boca abierta de par en par, de la que soltaba un grito, que no se oía, no porque le apagase el clamoreo general, que era muy intenso, sino porque llegó ya á al-

canzar sin duda el límite de los sonidos agudos perceptibles, las doce mil vibraciones de Sanver ó las ocho mil de Biot.

En cuanto á Gringoire, despues que pasó los primeros momentos de abatimiento, cobró presencia de ánimo y miró cara á cara á la adversidad.—“Continuad,, dijo por tercera vez á los cómicos; máquinas parlantes: despues, paseando á grandes pasos por delante de la mesa de mármol, sentía impulsos de ir á sacar la cabeza por el óvalo de piedra de la capilla, aunque solo fuese por el placer de hacer una mueca al pueblo ingrato.

—Pero eso no sería digno de mí; ¡nada de venganza! exclamó; luchemos hasta el fin; grande es sobre el pueblo el poder de la poesía; yo me apoderaré de él. Veremos si vencerán las muecas ó las bellas letras.

Por fin llegó á ser el único espectador de su obra; ya no veía más que espaldas: me equivoco; el hombre obeso y paciente, á quien consultó en otro crítico momento, estaba aun vuelto de cara al teatro; Grigueta y Lienarda habian desaparecido de la sala hacia ya tiempo. A Gringoire le conmovió la fidelidad de su único espectador; se acercó á él y le dirigió la palabra, sacudiéndole el brazo ligeramente, porque el hombre obeso se habia apoyado en la balaustrada y se quedó dormido.

—Os doy las gracias, le dijo Gringoire.

—De qué? le preguntó el hombre obeso bostezando.

—Porque veo que os incomoda este maldito barullo que os impide oír bien la representacion; pero tranquilizaos, vuestro nombre pasará á la posteridad. Cómo os llamais?

—Reinaldo Chateau, guardasellos del Chatelet de Paris, para serviros.

—Soy aquí el único representante de las musas, le dijo el poeta.

—Sois muy bondadoso, señor mio.

—Vos sois el único que escuchó la pieza con la atencion debida. ¿Qué os parece mi obra?

—Me parece bastante alegre, le contestó el magistrado medio despierto.

Tuvo Gringoire que contentarse con este elogio, porque una tempestad de aplausos, mezclada á prodigiosa aclamacion, vino á cortar su diálogo. Habian ya elegido al papa de los locos.

—Bien! Bravo! Bien! Bien! gritaba el pueblo por todas partes.

Era, en efecto, maravillosa la mueca que se presentaba en el agujero del roseton. Despues de todas las caras pentágonas, hexágonas y heteróclitas que se habian sucedido en el óvalo sin conseguir realizar el ideal de lo grotesco imaginado en la exaltacion de la orgía, se necesitaba, para obtener todos los sufragios, nada menos que la mueca sublime que vino á deslumbrar á la asamblea. Coppenole mismo aplaudió, y Clopin Trouillefon, que se presentó á concurso con fealdad intensa, se declaró vencido, y nosotros tambien. No nos atrevemos á dar al lector una idea de aquella nariz tetáedra, de aquella boca de herradura, de aquel ojuelo izquierdo obstruido por una ceja roja y espesa, mientras el ojo derecho desaparecia por completo debajo de enorme verruga; de aquellos dientes desordenados, desportillados á trechos, como las almenas de una fortaleza; de aquel labio calloso, del que salia un diente como colmillo de elefante; de aquella barba hendida, y sobre todo de aquella fisonomía, que esparcia por dichas facciones una mezcla de malicia, de asombro y de tristeza. Imagínese el que pueda semejante conjunto.

Recibió unánime aclamacion, y el público se arrojó precipitadamente por la puerta de la capilla. Hicieron salir en triunfo al bienaventurado papa de los locos, y entonces fué cuando la sorpresa y la admiracion del público llegaron á su colmo, porque la mueca era el verdadero rostro del desconocido, ó por mejor decir, toda su persona era una mueca. Su cabeza gruesa estaba erizada de cabellos rojos; ostentaba en las espaldas enorme joroba, cuyo contrapeso sentia por delante; su sistema de muslos y de piernas era tan extraviado, que éstas solo podian tocarse por las rodillas, y vistas de frente se parecian á dos curvas de hoces que se hubiesen juntado por el puño; sus piés eran grandes, sus manos monstruosas, y á pesar de tanta deformidad, manifestaba aspecto temible de vigor, de agilidad y de fortaleza, que le constituia en extraña excepcion de la regla eterna, que pretende que la fuerza y la belleza resulten de la armonía. Este era el papa que los locos acababan de nombrarse, que pudiera creerse que habia sido un gigante roto y mal soldado despues.

Cuando este especie de ciclope apareció en el umbral de la puerta de la capilla, inmóvil, rechoncho y casi tan ancho como largo, *cuadrado por la base*, como

dice un gran hombre, con un traje mitad rojo y la otra mitad morado, sembrado de campanillas de plata, y sobre todo con la perfeccion de su fealdad, el populacho lo reconoció en seguida y todo el público gritó á la vez:

—Es Quasimodo el campanero! ¡Es Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora! Quasimodo el tuerto! ¡Quasimodo el estevado! Viva! viva!

—¡Mucho cuidado con las mujeres embarazadas! exclamaban los estudiantes.

—¡Y con las que tengan deseos de estarlo! añadió Juan Frollo.

Las mujeres se tapaban la cara por no verlo.

—Eso es un mónstruo! decia una.

—Tan malo como feo! repuso otra.

—Es un verdadero demonio! añadía una tercera.

—Tengo yo la desgracia de vivir cerca de Nuestra Señora, y le oigo rodar por las canales todas las noches.

—Sí, con los gatos.

—Siempre está por los tejados.

—Nos lanza los horóscopos por las chimeneas.

—La otra noche vino á hacerme una mueca á la ventana de mi azotea; yo creí que era un hombre y tuve miedo.

—Estoy segura de que asiste á la celebracion de los sábados. Un dia se dejó una escoba en mi tejado.

—Qué jorobado tan repugnante!

—Qué alma tan vil!

Los hombres, por el contrario, se entusiasmaban con el mónstruo y le aplaudian. Quasimodo, objeto de este tumulto, permanecia como clavado en el umbral de la puerta de la capilla, sombrío, grave y dejándose admirar.

Al estudiante Robin, que se atrevió á reírsele en sus narices, le cogió por la cintura y le arrojó á diez pasos de distancia, pero sin hablar una palabra.

Maravillado Coppenole, se aproximó al jorobado y le dijo:

—Te juro que posees la más hermosa fealdad que he visto yo en mi vida. Merecias ser papa en Roma como en Paris.

Diciendo esto le ponía la mano en la espalda y le golpeaba amistosamente. Quasimodo no se meneó. Coppenole prosiguió:

—Eres un perillan á quien yo convidaría á comer, aunque me costase arruinarme. Qué dices á esto?

Quasimodo no respondió.

—Vive Dios! exclamó el calcetero; eres sordo?

Sordo era en efecto; pero comenzaban

á impacientarle las familiaridades de Coppenole y se volvió de repente hácia él, rechinando los dientes de tan formidable modo, que el gigante alemán retrocedió como un raton delante de un gato.

Entonces se hizo alrededor del extraño personaje un círculo de terror y de respeto, que tenia lo menos quince pasos geométricos de circunferencia. Una vieja le dijo á Coppenole que Quasimodo estaba sordo.

—Sordo! exclamó el calcetero; pues, vive Dios! es un papa completo.

—Ah! Si yo le conozco! gritó Juan, que descendió del capitel para ver á Quasimodo de más cerca; es el campanero de mi hermano el arcediano.—¡Buenos dias, Quasimodo!

—Diablo del mónstruo! exclamó Robin malhumorado y confuso del golpe; aparece, y es jorobado; anda, y es estevado; mira, y es tuerto; le hablais, y es sordo; ¿qué hará de su lengua ese Polífemo?

—Habla cuando quiere, le contestó la vieja. Quedó sordo de tocar las campanas, pero no es mudo.

—Eso solo le falta, añadió Juan.

—Le sobra un ojo, observó Robin.

—No, contestó con gravedad Juan; un tuerto es más incompleto que un ciego, porque sabe lo que le falta.

Entre tanto todos los mendigos, todos los lacayos y todos los rapa-bolsas, reunidos á los estudiantes, habian ido á buscar procesionalmente en el armario de la Basoche la tiara de carton y el traje talar irrisorio del papa de los locos. Quasimodo dejó que le vistieran sin pestañear, con una especie de docilidad orgullosa. Despues le colocaron en unas angarillas llenas de cintajos de colores, y doce oficiales de la cofradía de los locos le levantaron sobre sus hombros: alegría amarga y desdeñosa se difundió por la faz del ciclope al ver bajo sus piés deformes las cabezas de tantos hombres derechos, bien configurados y hermosos. Despues se puso en marcha la procesion andrajosa con estrépito infernal para dar la vuelta, segun costumbre, por el interior de las galerías del palacio, antes de pasear por las calles y plazas de Paris.

VI.

La Esmeralda.

Debemos referir á nuestros lectores que durante toda la escena anterior la pieza teatral de Gringoire seguía representándose; los comediantes, aguijoneados por él, continuaban declamando, y el autor seguía escuchando también. Este se había resignado ya al ruido y á la batahola y estaba decidido á que se verificase toda la representación, no desesperando aun de volver á atraerse la atención del público; esta débil esperanza se reanimó cuando vió que Quasimodo, Coppenole y el acompañamiento ensordecedor del papa de los locos salían con gran estrépito de la sala.

—Por fortuna ya se van todos los alborotadores;—pero por desgracia de Gringoire los alborotadores eran todo el público. En un abrir y cerrar de ojos la sala quedó casi vacía.

Si hemos de ser exactos, debemos decir que quedaron algunos espectadores, unos esparcidos, otros agrupados alrededor de los pilares, mujeres, viejos ó niños, hartos ya de tumulto y de gritería. Algunos estudiantes permanecían montados á caballo en el entablamento de las ventanas y mirando á la plaza.

—Bastante público ha quedado, se dijo á sí mismo Gringoire, para oír hasta el final del misterio; poco es el público, pero distinguidos y literatos.

Al cabo de un rato, la sinfonía que debía producir gran efecto á la llegada de la Virgen no se ejecutó; Gringoire supo que se llevaron su música á la procesion del papa de los locos.

—Pasad adelante, exclamó estóicamente.

Se aproximó á un corro que parecía escuchar el misterio; hé aquí el trozo de conversacion que cogió al vuelo:

—¿Ya conoceis, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que era de Nemours?

—Sí, frente por frente de la capilla de Braca.

—Pues bien; el fisco acaba de alquilárselo á Guillermo Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos por año.

—Cómo se encarecen los alquileres!

—Cómo ha de ser! si éstos no, otros escuchan, dijo Gringoire suspirando.

—Compañeros, gritó de repente uno de los chuscos de las ventanas, ¡La Esmeralda! La Esmeralda está en la plaza!

Esta palabra produjo efecto mágico: los espectadores que quedaban en la sala

se lanzaron á las ventanas y se subían por las paredes, repitiendo: *La Esmeralda! La Esmeralda!* Al mismo tiempo se oía por la parte de fuera gran ruido de aplausos.

—¿Qué significa eso de la Esmeralda? exclamó Gringoire cruzando las manos con desolacion. ¡Ah, Dios mio, ahora le toca el turno á las ventanas!

Se volvió hácia la mesa de mármol y vió que habían interrumpido la representación, precisamente en el momento en que Júpiter debía aparecer con su rayo, y Júpiter permanecía quieto debajo del teatro.

—Miguel Giborne! gritó el poeta iritado; ¿qué haces ahí? Es ese tu papel? pronto, arriba!

—No puedo, contestó Júpiter; un estudiante acaba de quitar la escalera.

Gringoire quiso convencerse de ello y vió que era verdad; se interceptó la comunicacion entre el enredo y el desenlace.

—El trasto! ¿Por qué se llevó la escalera?

—Para ver á *La Esmeralda*, respondió Júpiter compungido. Dijo: Aquí hay una escalera que no sirve para nada, y la tomó.

Gringoire recibió con resignacion este último golpe.

—Que se os lleven los demonios! dijo el autor á los comediantes, y ya os pagaré si me pagan.

Entonces se retiró con la cabeza caída, pero el último, como general que se batió con valor. Descendiendo por las tortuosas escaleras del palacio de Justicia, murmuraba entre dientes:

—¡Valiente asamblea de asnos y de avestruces la de los parisienses! ¡Acuden para oír el misterio y no lo oyen, y se ocupan de cualquier cosa, de Clopin Trouillefon, del cardenal, de Quasimodo, del demonio... pero de la Santísima Virgen, no! ¡A haberlo sabido ya os hubiera dado yo Vírgenes Marías, badulaques!... ¡Venía yo á ver caras y solo he visto espaldas! ¡Ser poeta y tener éxito de boticario! Verdad es que Homero fué mendigando por las cabañas griegas y que Nason fué desterrado entre los moscovitas; ¡pero que me emplumen si comprendo lo que quieren decir con *La Esmeralda!* Desde luego ese nombre es una palabra egipcia.

LIBRO SEGUNDO

I.

De Scila á Caribdis.

Como en el Enero anochece temprano, las calles estaban ya oscuras cuando Gringoire salió del palacio. Le gustaba que fuera ya de noche y le parecía que tardaba en encontrar algun callejon oscuro y desierto para meditar sin que nadie le molestase, y para que el filósofo pusiese el primer vendaje á la herida del poeta; la filosofía era, además, su último refugio, porque él no sabía dónde había de pasar la noche. Después del aborto de su ensayo teatral, no se atrevía á volver al alojamiento que ocupaba en la calle del Grenier, frente al Post-au-Foin, contando con que el preboste le hubiera dado por su epitalamio, para pagar á Guillermo Doulxsiere, alcabalero de las reses de pezuña hendida, los seis meses de posada que le debía, esto es, doce sueldos, doce veces el valor de lo que poseía en el mundo. Después de haber reflexionado un rato, abrigado provisionalmente en el postigo de la cárcel del tesorero de la Santa Capilla, sobre el albergue que escogería para pasar la noche, teniendo á su disposicion todas las calles de Paris, se acordó de haber observado la semana anterior, en la calle de la Zapatería, á la puerta de un consejero del Parlamento, un montadero de piedra, y pensó que dicha piedra podría servir en caso de necesidad de excelente almohada para un mendigo ó para un poeta. Dió las gracias á la Providencia por haberle sugerido esta buena idea, y cuando se disponía á atravesar la plaza del Palacio para meterse en el tortuoso laberinto de la ciudad antigua, en la que serpentean sus viejas hermanas las calles de la Varillería, de la Pañería Vieja, de la Zapatería y de la Judería, etc., etc., que todavía hoy conservan sus casas de nueve pisos, vió que salía del palacio la procesion de los locos y que se extendía al través de su camino, lanzando grandes gritos, á la luz de cien antorchas y á los ecos de su música: este encuentro lastimó las escoriaciones de su amor propio y echó á correr. En la amargura de su infortunio dramático, todo lo que le recordaba la fiesta del día hacia sanar su herida.

Quiso pasar el puente de San Miguel, pero vió que corrían por encima de él muchachos disparando carretillas y cohetes.

—¡Que vayan al diablo los fuegos artificiales! exclamó Gringoire, y dirigióse hácia el puente del Cambio. Habían fijado en las casas primeras del puente tres banderas que representaban al rey, al delfin y á Margarita de Flandes, y seis banderolas en las que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbon, el señor de Beaujen, la princesa Juana de Francia, el bastardo de Borbon y no sé quién más: estos retratos estaban alumbrados por antorchas y la multitud los admiraba.

—Dichoso pintor Juan Fourbault! exclamó Gringoire lanzando un suspiro, y dió las espaldas á las banderas y á las banderolas. Viendo ante sí una calle oscura y desierta, creyó librarse de todos los ruidos y de todos los resplandores de la fiesta y se internó en ella; pero apenas dió algunos pasos, sus piés chocaron con un obstáculo, tropezó y cayó. Era un gran ramo que los escribientes de la curia habían depositado por la madrugada á la puerta del presidente del Parlamento, en honor de la solemnidad del día. Gringoire soportó heroicamente este nuevo encuentro. Levantóse del suelo y se dirigió á la orilla del agua. Después de dejar á sus espaldas la torrecilla civil y la torre criminal, y de seguir á lo largo de las paredes de los jardines del rey, sobre piso no empedrado, en el que el barro le llegaba á la rodilla, llegó á la parte occidental de la ciudad y contempló algun tiempo el islote del *Pastor de las vacas*, que desapareció después bajo el caballo de bronce del puente Nuevo. Presentábasele el islote en las tinieblas como una mole oscura al otro lado del arroyo de agua blanquecina que lo separaba de él, y se distinguía apenas á la débil luz que quedaba en el cielo la especie de cueva en forma de colmena en la que el pastor de las vacas pasaba la noche.

—Dichoso tú! exclamó Gringoire; ¡tú no te ocupas de la gloria y no escribes epitalamios! ¿Qué te importa que se casen los reyes ni las duquesas de Borgoña? Tú no conoces otras Margaritas que las que la primavera cria para que se las coman tus vacas; y yo, que soy poeta, fui silbado y estoy tiritando de frio; debo doce sueldos, y la suela de mi calzado es tan transparente, que podría servir de cristal para tu linterna. Gracias, pastor